

65

Y contemplando el genio que en un día  
de la tierra y del sol cambia el gobierno,  
la ENVIDIA, la IGNORANCIA é IDOLATRÍA  
tornáronse espantadas al infierno.  
La gente en tanto una oración envía,  
hincada de rodillas, al Eterno.  
Vuélvense á su mansión de bienandanza  
la FE, la CARIDAD y la ESPERANZA.

66

Fué entonces cuando el orbe vió espantado  
rodear el globo al cetro de Castilla,  
como un grano de arena abandonado  
que en lo infinito del espacio brilla.  
Y entonces fué cuando observó admirado  
Copérnico, del Báltico á la orilla,  
que un inmóvil poder al sol aferra,  
y que en torno del sol gira la tierra.



## EL DRAMA UNIVERSAL

### JORNADA PRIMERA

#### PERSONAJES PRINCIPALES

SOLEDAD.	PAZ, madre de
JESÚS EL MAGO.	HONORIO y de
	PALACIANO.

#### ESCENA I

#### LA APARICIÓN

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de un convento*

PERSONAJES: SOLEDAD.—HONORIO (*oculto*).—*La sombra de JESÚS EL MAGO*

ARGUMENTO.—Soledad, vagando pensativa por el jardín de su convento, ve que sus sueños toman forma real en el vacío, mientras Honorio, oculto entre unas ramas, contempla celoso la aparición de Jesús el Mago.

Sentada en el jardín de su convento  
la hermosa Soledad, soñando un día,  
hasta el cielo elevaba el pensamiento,  
arraigado á la tierra todavía.

Y ardiendo Honorio en inextintas llamas,  
sus hechizos, con furia idolatrados,  
contemplaba escondido entre unas ramas,  
con ojos por las lágrimas quemados.

Ella, soñando en celestial pereza,  
cual toda mente de mujer sin dueño,  
busca ese tipo de ideal belleza  
que flota en sus entrañas como un sueño.

Y cuanto más Honorio la admiraba,  
más se aumentaban sus amantes penas,  
y su sangre á torrentes circulaba,  
como el fuego de un rayo, por sus venas.

Coros de almas errantes parecían  
los ruidos que los céfiros alzaban;  
las sombras que los árboles hacían,  
una vida fantástica imitaban.

Ansiosa de misterios, tiende el vuelo  
del empireo hasta el fondo, y de repente  
se destacó sobre la luz del cielo  
el brillo de otra luz incandescente.

Así esperó la noche embelesada:  
cuando de pronto, sin fulgor ni ruido,  
la presencia sintió, sin oír nada,  
de un algo que llegó, desconocido.

Aun duda; mira más, y ve delante,  
al borde de una nube de colores,  
así como una mancha más brillante  
en un fondo de vivos resplandores.

De entre las ramas en que Honorio espera,  
cuando ya la visión aparecía,  
salió, como una nota lastimera,  
un profundo suspiro de agonía.

¡Dichosa Soledad! El paraíso,  
curiosa, aspira á ver, á verle alcanza;  
pide una imagen de él, y de improviso  
ve cuajarse en el viento su esperanza.

Y conforme soñando proseguía,  
su hermoso sueño le volvía el viento,  
y era el sueño que el viento le volvía,  
espejo de su mismo pensamiento.

¡Cómo el tipo ideal de su cariño  
inquieren en el cielo sus miradas!  
y ¡cómo es siempre la mujer un niño  
que le gusta pensar en cuentos de hadas!

En tanto, desde el próximo convento,  
la música del órgano sagrado  
le recordaba el inefable acento  
del amante perdido y no olvidado.

## EL DRAMA UNIVERSAL



Y cuanto más Honorio la admiraba,  
más se aumentaban sus amantes penas,  
y su sangre á torrentes circulaba,  
como el fuego de un rayo por sus venas.

(Escena I.)

... se encontró, al despuntar del otro día,  
un muerto, tan inmóvil como un muerto,  
sobre un mármol que vivo parecía.

(Escena IV.)

Y sueña más, y al fin, aunque distante  
y envuelto entre vapores todavía,  
se dibujó en las nubes un semblante  
que sonreír á un ángel parecía.

De sus ojos la luz era inefable,  
el contorno gentil, la frente pura,  
y su tez de un color incomparable,  
hecho de luz, de azul y de blancura.

Mientras ve que la imagen vaporosa,  
entre el ser y no ser vaga indecisa,  
sobre su boca de marfil y rosa,  
como un rayo de luz, salta su risa.

Y así pasan entrambos la velada,  
cual de la vida el erial camino,  
soñando Soledad embelesada,  
Honorio maldiciendo su destino.

Y ¿es placer ó pesar lo que le aqueja,  
cuando ve con verdad deslumbradora  
que de un vapor de luces se bosqueja  
de su sueño la sombra encantadora?

¿Era cuerpo ó ilusión lo que veía?  
¿era aquella una luz, ó era un reflejo?  
Más bien que el mismo cuerpo, parecía  
la reflexión de un cuerpo en un espejo.

Cuanto más la visión se aclara y crece,  
más la verdad con la ilusión se aúna,  
pues que forman su túnica parece  
gasas hechas con rayos de la luna.

Y cuanto más miraba, y más creía  
que fuese realidad ventura tanta,  
pulsaban sus arterias, y sentía  
latir el corazón en la garganta.

La forma, Honorio, al ver de un ser humano,  
mezcla de aire, de luz y de tiniebla,  
le asió celoso; mas pasó su mano  
como pasa una mano por la niebla.

Aun Soledad en el tropel confuso  
de mil dudas se abisma; y dulcemente,  
para hacerla creer, la Sombra puso  
una mano de luz sobre su frente.

Pero, al creer su frente profanada,  
el más bello y más casto de los seres,  
—¡Jesús!—gritó la joven espantada;  
y contestó el fantasma:—¿Qué me quieres?—

## ESCENA II

## LA REDENCIÓN

LUGAR DE LA ESCENA: *El Gólgota*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—SOLEDAD.—HONORIO

ARGUMENTO.—Jesús el Mago cuenta á Soledad y á Honorio que él es aquel joven vestido de una túnica que, como dice el Evangelio de san Marcos, siguió á Jesucristo, después de haber sido preso y abandonado por sus discípulos. Refiere como testigo presencial la muerte de Jesucristo, y describe el puente que formaron los ángeles para que, después de la muerte del Dios-hombre, bajasen del cielo á la tierra la Penitencia y el Perdón.

Esa visión que á Soledad aterra,  
y llegar de tan lejos parecía,  
¿es tan sólo algún hijo de la tierra,  
ó de un planeta superior venía?

Vedle contar sus hechos y su nombre  
á Soledad y á Honorio de esta suerte:  
—«Un discípulo soy de aquel que al hombre  
arrancó de las garras de la muerte.

»Aunque una vez, y con escasa gloria,  
ved ¡cuán lleno de fe se me presenta,  
cuando san Marcos en su santa historia  
la religión del porvenir nos cuenta!

— *Un joven, de una túnica vestido,  
que iba á Cristo de cerca contemplando,  
por los soldados con rigor asido,  
de ellos huyó, la túnica dejando.*

»Y al mirar el Señor tan santo celo,  
así dijo al mancebo diligente:  
—*Sígueme por la tierra y por el cielo,  
invisible ó visible, eternamente.*—

»Yo me llamo Jesús, como el Ungido;  
soy el que huyó, la túnica dejando;  
y porque el Dios piadoso lo ha querido,  
me sobreviví á mí, no sé hasta cuándo.

»Todo el mundo sembré de mis consejos,  
y harta copia cogí de desengaños,  
porque son las naciones, cual los viejos,  
que pierden la memoria á fuerza de años.

El por qué y cómo, de mi Dios amigo,  
bajo mil formas la verdad difundo,  
ya lo sabréis cuando os halléis conmigo  
ya fuera de la vida de este mundo.

»Mi ubicuidad fantástica, de Mago  
me dió el renombre por el mundo entero,  
porque me encuentro donde quiera, y vago  
cual quiero, adonde quiero y como quiero.

»Mas, dejando mi magia y vuestros males,  
oid mi ruina del vencido infierno:  
¿qué importan hoy amores terrenales,  
cuando se trata del amor eterno?

»Yo que la escena del Calvario he visto,  
perdonad á mi celo si os diseña  
la santa muerte de Jesús, el Cristo,  
que á padecer y perdonar enseña.»

Tras Soledad, Honorio arrodillado  
cayó, como adorando el santo leño,  
pensando en la Pasión, en ese estado  
que no es vigilia, ni sopor, ni sueño.

Jesús siguió:—Ya, de la cruz pendiente  
sólo algún fiel de lejos le adoraba;  
y hasta el Gólgota entonces tristemente  
con una fría luz el cielo helaba.

»Y es que al sol, el infierno tumultuario  
de espíritus malignos echa un velo;  
nada se ve distinto en el Calvario,  
ni hay un rincón azul en todo el cielo.

»Los infiernos, que al hombre dominaban,  
porque ocultar su redención querían,  
bocanadas de espíritus echaban,  
que entre nieblas los soles envolvían.

»Yo entonces diligente, en raudal vuelo,  
viendo á mi Dios sobre la cruz clavado,  
descendiendo á la tierra, abrí en el cielo  
una rendija de oro en el nublado.

»La luz filtrada, de la Virgen pura  
tocó la melancólica belleza,  
que en ella se volvió luz de ternura,  
de esperanza, de paz y de tristeza.

»Y al rededor, en círculo inefable,  
más bien que luz, junto á sus sienes bellas  
compusieron un blanco incomparable  
la sombra, el sol, la luna y las estrellas.

»Brillaba así del tiempo en la gran hora,  
de frente maternal fulgor querido,  
mezcla de luz de una naciente aurora,  
y reflejo de un sol desvanecido.

»Tal de la augusta redención del mundo  
alumbro los misterios de aquel día,  
un brillo extraño, virginal, profundo,  
que un ángel le llamó *luz de María*.

»Rodeado de esta luz inmaculada,  
el ¡*Consumatum est!* Cristo murmura,  
y ve ante sí tendiendo una mirada,  
la soledad, el odio y la amargura.

»Bendice con su vista al mundo entero;  
le da un beso mental, suspira y muere.  
El verdadero amor, si es verdadero,  
besa, al morir, la mano que le hiere.

»Caído Adán, la Muerte y el Pecado  
un puente hicieron con un caos sin nombre,  
para pasar al mundo, condenado  
á ver la entera esclavitud del hombre.

»La Muerte estéril y el Pecado inmundo  
á la tierra infeliz, por él pasaron,  
forjando las cadenas con que al mundo  
desde Adán hasta Cristo aprisionaron.

»Los ángeles, también, en dos hileras  
fabrican con las manos otro puente:  
por la espalda tocándose ligeras  
sus alas se acarician dulcemente.

»El Pecado y la Muerte en aquel día  
ven el puente cruzar, desvanecidos,  
que desde el Padre al Hijo relucía  
como un río caudal de astros fundidos.

»Los unos de los otros frente á frente,  
en dos filas los ángeles formados,  
van por el éter fabricando el puente  
sobre nubes de luz arrodillados.

»Y por detrás sus alas rutilantes  
irradian con variados arboles  
un iris de riquísimos cambiantes,  
más bellos que los iris de los soles.

»Del puente aquel que la región vacía  
desde el cielo á la tierra circunvala,  
forman al fin las manos de María  
el último peldaño de la escala.

«Desde la cruz al alto firmamento  
brilla el puente de palmas celestiales  
con tal fulgor, que verlo ni un momento  
podrían, sin cegar, ojos mortales.

»La Penitencia y el Perdón bajaron  
esta escala de luz en aquel día,  
y sus ojos á un tiempo se alumbraron  
con brillos de dolor y de alegría.

»Triste por él la Penitencia avanza:  
sigue el Perdón detrás meditabundo;  
en sus frentes brillaba una esperanza,  
mas no era una esperanza de este mundo.

»Y besan, al bajar, el pie sagrado,  
el uno tras del otro, reverentes,  
de aquel que trajo, de la cruz clavado,  
el reinado de Dios entre las gentes.

»Y el mundo redimieron apacibles,  
de Cristo al pie diciendo de este modo:  
—*No hay culpas en el mundo irremisibles:*  
*permite Dios que se redima todo.*

»—*¡El mundo es libre!*—de esperanzas llenas  
las legiones de arcángeles cantaban,  
mientras se iban rompiendo las cadenas  
que al mundo desde Adán aprisionaban.

»Así murió, como vulgar culpable,  
del cielo y de la tierra el Soberano,  
por redimir este orbe miserable,  
del polvo sideral último grano.

»Y así yo del Señor la frente bella  
pude hacer ver, dejando de pasada  
la espesa sombra de la tarde aquella  
por un rayo de luz atravesada.»

Calló Jesús aquí; lanzó un gemido  
contando el fin del Redentor del mundo,  
y después se alejó, desvanecido  
en cierto no sé qué vago y profundo.

Y lejos ya, se disipó diciendo:  
—«Llamadme y me hallaréis á cualquier hora,  
mientras ilusos caminéis gimiendo  
por este astro feliz donde se llora.

»Y ya os diré de cómo embelesado  
hacia vosotros hoy tendí mi vuelo:  
poema que en la tierra comenzado  
acabará cantándose en el cielo.»

Y cuando Honorio y Soledad creían  
traslucir, entre dichas y pesares,  
que, cruzando los cielos, aun lucían  
los ángeles cual fugas estelares,

vuelven de pronto en sí, tornan los ojos,  
y su ilusión deshecha en el ambiente,  
con las manos cruzadas, y de hinojos,  
se hallaron uno de otro frente á frente.

### ESCENA III

#### LA FUENTE DEL OLVIDO

LUGAR DE LA ESCENA: *Un bosque*

PERSONAJES: JESÚS EL MAGO.—HONORIO

ARGUMENTO.—Celoso Honorio, refiere á Jesús el Mago, al borde de una fuente llamada del Olvido, que para hacerse dueño del amor de Soledad, secuestró á su hermano Palaciano.

—¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!—  
dice Honorio contando sus amores;  
y refiere á Jesús, hablando de ello,  
la larga procesión de sus dolores.

Sentados junto al borde de una fuente,  
que brotaba de un bosque en la espesura,  
un espacio sin fin tienen enfrente,  
de aire, de luz, de cielo y de verdura.

—¡Sólo el amar es grande!— proseguía,  
añadiendo un delirio á otro delirio.—  
Por Soledad dichoso correría  
al crimen, á la gloria y al martirio.

»Tengo ¡ay de mí! un hermano, á quien, perjuro,  
amándole sin fin, guardo encerrado.  
Por otro amor más grande y menos puro,  
de su sagrado amor he renegado.

»Aunque era Soledad una belleza  
por su padre á mi hermano prometida,  
sentía yo al mirarla esa tristeza  
que es la bruma del alba de la vida.

»Cuanto más la quería en el misterio,  
más crecía el ardor de mis quimeras;  
que el sentido halagado alza un imperio  
que, sin cesar, dilata sus fronteras.

»Después que la adoré con desvarío,  
sólo atendí á mi amor y á mi despecho.  
Yo era bueno, muy bueno... mas ¡Dios mío!  
¿cómo arrancar el corazón del pecho?

»Por no estorbar la dicha de mi hermano,  
á la gloria aspiré: ¡visión mentida!  
Corrí tras la ambición: ¡empeño vano!  
Amar y ser amado: he aquí la vida.

»Fué mi hermano á viajar, y á su regreso,  
aquí, por gentes que compré, asaltado,  
sin saber cómo ni por quién, fué preso,  
escondido después, y secuestrado.

»Yo su amor usurpando, y él cautivo,  
ninguno de los dos su dicha alcanza:  
vive él sin libertad; pero yo vivo  
roído por un mal sin esperanza.

»Después que muera yo, volverá ileso  
á ser en este sitio abandonado;  
y sin saber por quién, ni á qué fué preso,  
el porvenir le endulzará el pasado.

»Por mi mal, me ha dotado la ventura  
de inútiles riquezas que abomino  
y estirpe casi real; no hay criatura  
más ingrata que yo con el destino.

»Y es un tormento para mí espantoso,  
que habiendo delinquido tanto, tanto,  
sólo por ser con ellos generoso,  
cuantos pobres me ven, me llaman santo.

»Me juzgaban tan bien, cuando por ella,  
más que en Dios, en Pitágoras creía;  
yo, que por ser lo que su planta huella,  
el cielo con delicia dejaría.

»Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,  
que me convierta, por favor divino,  
en el ciprés ó el mármol de su tumba,  
compañero inmortal de su destino.

»De Palaciano Soledad prendada,  
le esperaba las horas y las horas,  
y nunca su alma de esperar cansada,  
á otras brisas se abrió restauradoras.

»Decía alguna vez cándidamente:  
—Palaciano no vuelve y me abandona;—  
y empezaba á nublarse aquella frente,  
que parece que aguarda una corona.

»—Bebe en ella, y tal vez, la dije un día,  
tu amor la fuente del Olvido venza.—  
Y bebíó; mas yo, al verlo, me sentía  
desfallecer de dicha y de vergüenza.

»Bebíó por olvidar, con tal intento,  
que del ingrato se olvidó de veras,  
y en alas se lanzó del pensamiento  
al hermoso país de las quimeras.

»Y es santa desde entonces esta fuente;  
pues todo el mundo en la comarca sabe  
que curó á una mujer de limpia frente,  
de celestial candor y aspecto grave.

»De la ausencia y los celos ayudados,  
vinieron á estas aguas atraídos  
mil náufragos del alma, allá estrellados  
contra escollos tal vez desconocidos.

»¡Ay! Después de beber aguas tan claras  
á sus casas volver, de dicha llenas,  
vi familias enteras, con las caras  
casi todas alegres y serenas.

»¡A cuántos vi llegar que, pesarosos,  
ni miraban las verdes enramadas,  
y que admiraban, al volver, gozosos,  
las praderas de flores esmaltadas!

»El agua del olvido de esta fuente  
¿es quien daba á sus almas el consuelo?  
¡No! La ausencia y los celos solamente  
levantan entre dos, montes de hielo.

»Que á la ausencia añadidos, son los celos  
el agua del olvido verdadera,  
pues pasan, como un fuego de los cielos,  
esparciendo el rencor por dondequiera.

»Ya sin fe Soledad, desde esta fuente  
fué á un convento á buscar la paz perdida:  
que el ídolo, al caer tan bruscamente,  
siempre inmola al creyente en su caída.

»Ya sabéis lo que pasa en un convento:  
un día que da fin, y otro que empieza.  
Si crea algún rival el pensamiento,  
son fantasmas que evoca la tristeza.

»Bajo un dosel de flores y verdura,  
quise ciego...—¡perdón para un malvado!—  
ó gozar una vez de su hermosura,  
ó morir á sus pies desesperado.

»Oculto en el jardín, todos mis males  
curar, cual visteis, ó morir, quería,  
porque mi pecho en vívidos raudales  
de entusiasmo y de amor se deshacía.

»Viendo por vos frustrado, aquella tarde,  
mi intento vil de amor y de despecho,  
mis rodillas flaquear sentí, cobarde,  
y el corazón desfalleció en mi pecho.

»Impidiendo mi crimen, aquel día  
llegasteis vos para su bien y el mío,  
pues sin dejarse ver, Dios nos envía  
la dicha, el sol, la lluvia y el rocío.

»Y desde entonces, de su pura frente  
respetando el candor y la hermosura,  
bebo el placer sin enturbiar la fuente  
de donde emana mi inmortal ventura.

»Como he apurado, en mis furores, tanto  
la copa del dolor hasta las heces,  
tan cerca de los ojos tengo el llanto,  
que sin querer, cual veis, lloro mil veces.»—

Como al llegar aquí, nadie ni nada  
alivio le prestaba en su tormento,  
tendió Honorio una rápida mirada,  
y halló la soledad y el desaliento.

Y ve á Jesús, que por los aires sube,  
cual blanco grupo de vapor fulgente,  
como yendo á esperar de nube en nube  
al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oídos, de placer ajenos,  
ni las aves escuchan, ni se encantan  
con esos ruidos, de misterios llenos,  
que del campo aun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,  
ni las flores, ni el sol, ni la verdura:  
cuando están en el alma, hay dondequiera  
desolación, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando,  
del aura en el murmullo oye su acento,  
cree ver las huellas de sus pies andando,  
y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiel Honorio, en cuanto hallaba  
de su acerba pasión ponía el sello,  
andando á la ventura murmuraba:  
—¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!

#### ESCENA IV

#### LA TRANSMIGRACIÓN Á UN MÁRMOL

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJES: HONORIO.—JESÚS EL MAGO.—SOLEDAD

ARGUMENTO.—Como el sentimiento tiende á la metempsicosis, después de la muerte de Soledad, Honorio pide á Jesús el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,  
alternativa infiel de paz y guerra,  
rebelión de la carne contra el alma,  
lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo á Soledad el desaliento,  
después de su aparente desengaño,  
entró como novicia en un convento,  
y novicia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentía,  
ni menos del amor la ardiente llama;  
deseaba morir, porque creía  
que Dios lleva consigo á cuantos ama.

Y conforme cambiando iba su mente  
en santas oraciones sus delirios,  
su cutis fué tomando lentamente  
el color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento?  
Sin pesares allí, sin alegrías,  
sucediendo un momento á otro momento,  
los días sucedieron á los días.

Y sólo, al fin, en su semblante puro  
las huellas se miraron de sus penas,  
cuando ya de una red de azul oscuro  
se dibujaban en su sien las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? Aunque él, acaso  
la dejó por amor de otros amores,  
sólo le pide á Dios que abra á su paso,  
en honor á sus pies sendas de flores.

Pues ella triste, sin pasión, sin celos,  
al odio y al amor indiferente,  
como una desterrada de los cielos  
sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos,  
el rezo llegó á ser su afán diario,  
entre sus dedos, por la fiebre enjutos,  
deslizando las cuentas de un rosario.

¡Ay! un día en su blanco dormitorio,  
teniendo un derredor á cuantos quiere,  
su mano de marfil tiende hacia Honorio,  
les dice «¡adiós!» y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos,  
después Honorio, en lágrimas deshecho,  
su sepulcro oprimiendo entre las manos,  
lo estrechó con furor contra su pecho.